

Un lugar habitable



David Huerta

Nota previa, muy necesaria: Noé Jitrik me ha pedido una “poética”. No quise o no pude rehusarme. Para una revista académica como *Zama*, es poca cosa —no tiene una sola llamada a pie de página y la bibliografía está apenas insinuada en un puñado de frases evocadoras. Pido perdón a los editores de *Zama*, y a la afición en general, por estos borrones. Aquí están.

D. H.

Una ciudad corta el horizonte como en el Insomnio Tercero de Gorostiza; una ciudad, desde luego, más pequeña que Londres o Nueva York o París; pero apenas palpable, aunque no poco inteligible, capaz de despertar sensaciones arrasadoras.

Una ciudad implacable, musical, prosódica, aguda, filosa: *sharp as a razor blade*.

Una ciudad en donde las construcciones tienen un “tamaño humano”, como explica el arquitecto Funes. Ese admirable artista del espacio, la memoria y los grandes volúmenes, ha declarado cómo para él “lo humano” contiene grandes porciones de sobrehumanidad y aun de sobrenaturaleza.

Entre los materiales de construcción y decorados de la ciudad predominan las maderas para cubrir las paredes interiores y algunos muros que dan a las calles y avenidas. Esas maderas tienen imágenes de barcos, carabelas o esquifes: reminiscencias de la vieja metáfora de “leño” o “tronco” —o cualquiera de esas palabras— para designar a los navíos marítimos.

La luz es la sombra de Dios: Miguel de Molinos. La iluminación de las calles está inspirada en las lámparas de gas de las ciudades europeas del siglo XIX, pero aprovecha los adelantos técnicos del siglo XXI: así se evita la ponzoña atmosférica. En los interiores de las construcciones, las fuentes de luz son diversas, sujetas a gradaciones de todo tipo, desde la intensidad hasta el color: nunca hay destellos estroboscópicos ni inundaciones deslumbrantes; nunca hay, tampoco, dominio de un color sobre los otros. Una lámpara en forma de barco, hecha de prismas de cristal, ha sido sustraída del templo de San Francisco, en la ciudad mexicana de San Luis Potosí, y es posible hallarla en el parque llamado Fuensanta, dentro de una rotonda *feérica*, cerca del

centro de la ciudad. En el centro de la ciudad, en cambio, no hay nada; solamente otro parque, llamado Polifemo.

Las rotondas poseen un encanto sin duda francés: se llaman Baudelaire, Verlaine, Tristan Corbière, Rimbaud, Henri Michaux. Algunas de aire antiguo reciben nombres al parecer poco poéticos, como Rabelais y Céline. Los planeadores y urbanistas dicen en tono desafiante: “Nosotros nos entendemos”.

Como en todas las ciudades, hay zonas baldías. Los habitantes llaman a cada una de ellas *Eliot District*, sin numeración ni distingos. Un convento fingido lleva en el pórtico una imagen difuminada de San Jerónimo y la reproducción de cierto *papelillo que llaman el Sueño*.

El transporte público —tranvías, sobre todo— es gratuito y los puntos de abordaje son los numerosos parques abiertos a todas horas para los paseantes y los deportistas madrugadores. Hay en los parques muchos árboles de mediano tamaño, entre ellos varias decenas de *ginko biloba*, por ejemplo, y laureles de diversa altura. Nada de *topiary*: un cuidado máximo que parezca mínimo. Los jardines no parecen selvas: parecen silvas. Hay elfos ornamentales y dríadas conocedoras, exquisitas conocedoras, de las técnicas Graham de danza contemporánea, además de que han memorizado varias piezas de Pina Bausch.

Las ninfas de los pequeños ríos que cruzan los parques casi nunca se dejan ver; pero a la larga no hay un ciudadano que no las haya visto, al menos en una ocasión.

No hay uno solo de los habitantes de la ciudad que no afirme que ha tenido “una visión”. Aquí interviene la ciencia para explicar las posibilidades estadísticas de esos hechos insólitos; los expertos en semántica y semiología, ayudados en todo momento por filólogos de la vieja escuela, precisan continuamente el sentido de la palabra “visión”. A los ciudadanos que pronuncien públicamente un discurso convincente sobre Visiones, se les regala un ejemplar de las obras completas de W. B Yeats o una selección de los poemas de Seamus Heaney.

Pandillas llamadas “grupos autónomos de versolibristas” vociferan de vez en cuando y nadie les hace caso. Y también de vez en cuando alguien, espejo de pacientes, se detiene a conversar con ellos. El verso libre, les explica, es una búsqueda continua; pero ellos avanzan a tropezones, sin atender esas palabras. Su atuendo debería estar hecho de harapos e hilachas; pero es perfectamente normal, lo mismo que su peinado.

Un ciudadano de a pie que podría llamarse “Timoteo” o “David” avanza también, en medio de una neblina citadina de bordes ora dorados, ora plateados. Esa frase le recuerda el “ora la espada, ora la pluma”, parte de una estancia italiana memorizada a medias por él, que podría decirle de corrido si se lo pidieran cuando está en el trance llamado “duermevela”.

El individuo recuerda su infancia: la cabeza nobilísima de Carlos Pellicer, la voz de Renato Leduc tronitonante, el pelo entrecano de Alí Chumacero, cuando lo conoció; afirma que vislumbró a éste antes de nacer. Mucho años después, pero no frente al pelotón de fusilamiento, sino ante una carta recibida desde Argentina, este ciudadano evoca unas cuantas imágenes de hielo y magia, todo ello en el marco de la ciudad que le gustaría describir y que, quizás, en este mismo momento está describiendo.

El extraño lugar llamado “Museo de las Atarazanas” guarda un barco hecho de romances, ovillejos y seguidillas. Una leyenda urbana afirma que esas maderas preciosas fueron extraídas de árboles talados en las laderas del Monte Parnaso.

Alrededor de la ciudad hay un mundo rico en animales y especies vivas de todo tipo. Los minerales abundan en una diversidad alucinante: desde los guijarros más pequeños hasta las moles pétreas de enormes dimensiones, émulas de los edificios de la ciudad vecina. Entre los animales hay especies extintas: el pájaro dodo, por ejemplo, y el Arqueópterix. El viento principal se llama Próspero. El paisaje está hecho por esdrújulas: “sándalo” y aun “México”; pero sobre todo por “Góngora”.

